y no pasar la vida ociosamente (que es la destrucción del alma) se ocupaba muy de ordinario en ir a caza y montear fieras, cosa muy natural a los príncipes y señores y que no les es reprehensible; mayormente si con este ejercicio no olvidan el que a su república y gobierno deben. Para estas monterías se acompañaba de muchos grandes y señores, que (como ya hemos dicho) tenía su corte llena de ellos, no teniéndose por bienaventurado el que no le acompañaba y veía de ordinario; tenía muchos bosques de recreación para este fin, señalados muchos jardines y florestas en que se entretenía y gozaba de tranquilidad y sosiego; hacía juntamente con esto que su gente se ejercitase en las armas y milicia que ellos usaban, para si fuese menester en alguna ocasión; porque el descuido y ocio no los cogiese desapercibidos en la necesidad; que es un aviso de que usó un rey de los scitas, que pidiéndole su gente que los bajase a los llanos (por ser muy áspera y fragosa la tierra en que vivían) no quiso; diciéndoles que aquella aspereza los hacía fuertes y robustos, para el trabajo y que en la blandura de la tierra y regalo de la vida ociosa se hacían afeminados e inhábiles para las guerras; de manera que el ejercicio de las cosas tiene en pie a los que en ellas se ejercitan y es cosa muy necesaria su ejercicio, para el fácil uso de ellas; porque sin él es desabrido y llegados a las veras, las tratan como extrañas y desconocidas.

Jamás mandó cosa en sus reinos y repúblicas en que no fuese obedecido; porque el príncipe querido en ellas, no es penoso ni desabrido en lo que manda, por ser una de las condiciones del amor, facilitar todo lo que representa el amado, por cargoso que sea, cuanto y más que este príncipe, con el mucho que les tenía, miraba las cosas de manera que cuando las mandaba eran hacederas. Con esta paz y seguro gozó este dichoso y bienafortunado emperador los años de su imperio, sin recelos de males ni sobresaltos de enemigos, hasta que llegó el universal de la vida humana, que es la muerte y se lo llevó como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XLVII. *De la muerte del emperador Tlotzin y de un dicho digno de memoria que dijo, que fueron las últimas palabras con que acabó la vida*

DESPUÉS DE HABER REINADO este excelente monarca treinta y seis años, con mucha paz y amor de sus vasallos, estando en el mayor gozo de la vida rodeado de mujer, hijos, hermanos, deudos y parientes, le sobrevino una enfermedad, la cual padeció por tres o cuatro meses; en el discurso de la cual le acompañaron muchos señores del reino y procuraban entretenerle con juegos, danzas y otras cosas en que veían que tenía gusto, llevándole a espaciar a sus florestas y jardines para divertirle de los dolores que la enfermedad le causaba; pero como eran ministros de la muerte, iban creciendo con los días y conociéndola en ellos se hizo vol-

ver a su corte y ciudad de Tenayuca, donde mandó venir a su hijo Tlaltecatzin, rey de Tetzcuco y heredero del imperio y a otros hijos que tenía, juntamente con sus hermanos y otros señores de valor y cuenta; y en su presencia la dio al emperador futuro del estado en que quedaba el imperio y le encargó su gobierno y entregó el poder absoluto que tenía, para que si de aquella enfermedad muriese quedase por su legítimo y natural sucesor. Crecía la enfermedad y los dolores avivaban y el emperador sentía que se iba muriendo; y como la muerte es el espanto más horrible de la vida y la causadora de todos los sinsabores y acedías del gusto, ya el afligido monarca no le mostraba, en cosa que para dársele se hacía, de lo cual mostraban gran dolor los presentes, a cuya sazón dio un muy gran suspiro; y llegándose a él los que más cerca se hallaron le dijeron estas palabras: señor, grande y poderoso, ¿qué es lo que te da pena? ¿No basta para alegrarte ver a tu cabecera la emperatriz, tu mujer, señora nuestra, el rey y príncipes, tus hijos, reyes que en sus reinos son señores y en tu presencia y siempre vasallos tuyos? ¿No te ves señor de este mundo, que poseemos? Suplicámoste que no muestres tristeza, ni dolor, sino contento y alegría. A los cuales respondió: ¿no queréis que suspire, pues sabéis (como acabáis de confesarlo) que soy el mayor señor del mundo y que siendo tan poderoso no tenga poder para apagar parte de estos dolores? ¿Y lo más que siento, que no sé cuando, ni a qué hora, me quitará la vida el hacedor y dador de ella? Y pues todas estas cosas alegadas por vosotros no me pueden aumentar ningún día de vida, quitadlo allá todo que no lo quiero. No dijo más el otro Filósofo a aquel rey que le dijo que le pidiese mercedes, al cual preguntando, si le podía hacer merced de la vida para siempre; y respondiéndole que si él pudiera la tomara también para sí y se hiciera inmortal; le dijo: ¿pues qué me das en todo cuanto puedes darme, sino me das vida para que lo goce? Y si esta sentencia es tan celebrada en este Filósofo, no debe serlo menos en este monarca, pues conoció que las cosas de la vida, no siendo perpetua para gozarlas, son más de ultraje y menos precio, que de codicia. Acabó esta razón y con ella la vida, dejando a todos con gran dolor de su muerte. Y se dice que fue tan sentida en general que no sólo la lamentaban en sus pueblos y tierras, sino que vinieron chicos y grandes a la corte a llorarla, cuyas obsequias se celebraron a su usanza, muy honrosamente, a las cuales y a su muerte se hallaron (sin sus hijos, hermanos y deudos) treinta y cinco reyes y otros muchos señores y gran número de pueblo.

Pero como los cuerpos sin alma (por más que en vida se habían querido) en muerte no son sufribles; el de este emperador (aunque la suya era muy llorada) fue echado de casa presto, haciendo con él lo que con los demás sus antepasados; y en especial se dice que después de quemado cogieron sus cenizas y las pusieron en un arca o caja, hecha de una piedra muy rica; y hay quien diga que fue de esmeralda y que tenía una vara de largo y otra de ancho, en figura y forma cuadrada, cuya corbetura y tapadera, de una plancha gruesa de oro, esmaltada de muchas piedras de valor y precio, las cuales cenizas y caja tuvieron cuarenta días puestas en un lugar y tienda,

ricamente aderezada de mucha pluma rica y otras cosas de adorno; con que mostraba el sitio la grande estimación en que tenían a la persona cuyas cenizas, en el túmulo y teatro le estaban representando; al rededor del cual estaban muy por orden, las de los reyes y señores, que las besaban y guardaban hasta cumplidos los cuarenta días que tenían de ceremonia, en los cuales hacían sus obsequias con grandes llantos e invenciones, ayunando todo este tiempo en demonstración de tristeza y sentimiento, de haber perdido tan gran señor y monarca; el cual tiempo pasado lo enterraron muy honoríficamente aunque no dicen el lugar adónde; pero débese creer sería tal para tal persona. También dicen que fue tanto el concurso de la gente que concurrió, que se hincheron los campos y que parecían muy grandes ejércitos y escuadrones, puestos en orden para pelear. Acabadas las obsequias, se volvieron a la ciudad, acompañando al nuevo emperador para jurarle.

CAPÍTULO XLVIII. *Donde se trata del emperador Quinatzin, por otro nombre llamado Tlaltecatzin, hijo de Tlotzintecuhtli, en cuyo tiempo entraron en la tierra los mexicanos*

UERTO EL EMPERADOR TLOTZIN (Pochotl por otro nombre) cuya mujer se llamaba Quauhcihuatzin, hija del rey de Huexotla, entró en la herencia del imperio su hijo Quinatzin, como lo acostumbraban las gentes de aquellos tiempos (heredándose hijos a padres, y no hermanos a hermanos, ni interviniendo otro algún parentesco, más que el dicho), cuya jura no se hizo en la ciudad imperial de Tenayucan, como la de sus pasados padre y abuelo (como en sus juras hemos dicho), antes ordenó que el entierro y obsequias de su padre fuesen muy solemnes y cumplidas; y acabadas recogió toda la gente y se fue a su ciudad de Tetzcuco, donde pasó la corte, y fue jurado. Pero como ya por estos tiempos había crecido en mucho mayor número la gente, y los señoríos estaban más subidos y autorizados, y la policía de los reinos y provincias se había puesto más en punto, ya no se quiso tratar este rey con el uso común y ordinario, antes saliendo de él (como el que estaba criado en grande policía con los señores acolhuas y tultecas), hízose llevar en andas, las cuales fueron rica y costosamente labradas (por ser grandes artífices de toda obra los tultecas que las hicieron). Estas andas llevaron sobre sus hombros cuatro de los más principales señores, de los que no tenían título de rey y un palio que cubría su cabeza, cuyas varas llevaban cuatro reyes; y como iban haciendo paradas se iban remudando, así los principales y señores, en llevar las andas como los reyes el palio, que no serían pocas las paradas, siendo más de siete leguas el camino. De este emperador se dice que fue el primero que se atrevió a subir sobre los hombros de los fortísimos chichimecas y acolhuas, no estando hechos a tal usanza y de allí adelante lo acostumbró todas